

Algunos escritores alcanzan un grado extremo de visibilidad con la publicación de un solo libro. Es la ley del karate de Okinawa: «Un golpe, una vida». Por lo general, esa clase de obras comparten una característica: son basura. Escritas sin sobresaltos, con lenguaje simple y anécdota banal, su condición de existencia es la renuncia al estilo (a cualquier estilo) y su ganancia los premios, becas, subsidios para traducciones, invitaciones a congresos y viajes por el mundo que recibe el autor.

Mis libros, en cambio, hasta hace un par de años se ajustaban al modelo de combate artístico que difundiera el cine de Hong Kong: una sucesión de golpes perfectos y velocísimos, lanzados con codos, tobillos, puños, dedos, antebrazos, rodillas, palmas, frente, nariz, uñas y caderas, golpes que dejaban en pie a mis adversarios (los adormecidos lectores), ajenos a las bellezas de mi escritura y a salvo de su conmovedora profusión.

Ese panorama cambió radicalmente luego de la publicación de mi última novela. Cuando ya no esperaba nada excepto la repetición de insultos y menosprecios a cargo del idiota de turno que despacha las consabidas treinta líneas agraviantes

en la página de algún suplemento cultural, obtuve lo que el lugar común define como «un notable suceso de crítica y de público». *Demolición* tenía, sin demagogias, todos los elementos necesarios para gustar a un círculo más amplio que el de mi núcleo de fanáticos. Lo curioso fue que ese libro, una vasta y animada fábula acerca del fracaso (artístico, íntimo, estético, erótico, místico y político), se convirtió en un éxito universal. Y eso hasta un punto bochornoso y muy incómodo para mí. Yo detestaba a Norberto, su protagonista, un pequeño burgués de mediana edad, un gordo lastimoso y con veleidades de gran literato. Es claro que le había atribuido mi oficio para que los ingenuos cayeran en la trampa de tomarlo por mi alter ego. Incluso, para reforzar esa apuesta, en su transcurso había diseminado nombres y apellidos reales de familiares y amigos míos, dando a entender que no me guardaba nada, que entregaba de pies y manos mi vida personal al lector... todo con el propósito de sacudirlo y desengañarlo en las últimas páginas.

En resumen, publiqué *Demolición* y cuando me senté a esperar que me destruyeran como siempre (¡si hasta el título les daba oportunidad de golpearme a gusto!), los vientos cambiaron. Ya desde los primeros comentarios, las cómicas demandas de reconocimiento y figuración que la narración en primera persona ponía en labios de mi *personaje*, fueron tomadas por la crítica como un reclamo del *autor*. Peor aún, estos chambones escribían que *yo* tenía razón, que *mi* protesta estaba absolutamente justificada: «¿Cómo puede ser que con una serie de libros de la calidad y la intensidad que...?», «Es absolutamente inadmisibile el silencio de la crítica respecto de la radical envergadura de su literatura...», «Desde la muerte de Proust, nadie como él...», etc. Etc.

Lo cierto es que, por asombroso que resulte, todos creyeron que ese cretino llorón y querellante era yo. Incluso mi ex mujer, a quien le había dedicado amorosa y sensiblemente

la novela, dio por hecho que sus páginas eran la transcripción obscena y desoladora de los acontecimientos que habían conducido a la ruptura de nuestro matrimonio, y no una alegre música de cámara ejecutada sobre el tema principal de los desencuentros entre arte, familia y vida. Desde luego, para continuar en esa línea que mezcla ficción y realidad, debería agregar que luego de la salida de *Demolición*, y debido a lo que estimó como graves perjuicios personales deducibles de su publicación, Laura me entabló juicio y está litigando por las ganancias que devenguen los derechos de autor, anticipos por traducciones, y las ventas para adaptaciones televisivas y cinematográficas.¹ Además, con la insaciabilidad que proporciona el rencor cuando se funda en motivos equivocados, recurrió a la Suprema Corte de Justicia de la Nación con el objeto de solicitar cuotas extraordinarias para el sostén de nuestros hijos, Alberto (Tito), Vera, Andrea y Federico (Fede). Pero lo cierto, lo verdaderamente cierto es que nada de eso ocurrió. Laura y yo somos una ex pareja muy civilizada, nos permitimos dulces ironías acerca de nuestras respectivas nuevas relaciones, aunque es claro que moriré cuando ella tenga algo importante con alguien.

Pues bien. Entonces. Mientras me iba de maravillas, profesionalmente hablando, ocurrió el suceso que precipitó la hecatombe y dio origen a estos breves recuerdos de mi vida literaria. Fue así. Una tarde, tomando un café con un colega, este —con la perfidia que caracteriza al gremio— me transmitió un rumor que circulaba en el ambiente: aprovechándose de mi suceso nacional e internacional, un tercer escritor

1 En estos momentos, Patrick Tatopoulos, el laureado director de *Underworld 3: La rebelión de los Licántropos*, está filmando la versión «gore» del libro, que protagonizan Kate Beckinsale y Michael Sheen, y donde aparece Wesley Snipes, el vampiro negro de *Blade*, como estrella invitada.

cuyo nombre no podía revelarme había firmado con Penguin Random House Bertelsmann SE & Co. KGaA un contrato para escribir y publicar (con seudónimo) la segunda parte de *Demolición*.

Mi colega soltó la información y me sonrió, avieso, mientras me veía temblar de irritación ante el hecho de que alguien pisara sobre mis pasos, pero a la vez, pensando a toda velocidad en los motivos que podía tomar mi imitador, me dije que quizá buscaba adherirse a mi obra con propósitos de homenaje más que de usufructo de los méritos ajenos. Debía de tratarse de un autor joven, alguien que aún no conocía su voz y necesitaba apropiarse de la de un escritor probado. Todos hemos sentido en algún momento que la obra del artista que más admiramos es más nuestra, más verdadera que la propia, hasta el punto de que en ella se encuentra nuestro ápice y nuestra aniquilación. Pero ese fenómeno es momentáneo. Él (pensé) *debía* abandonar su designio y encontrar su registro personal, porque una segunda parte (apócrifa) de *Demolición* resultaría perjudicial para ambos: él quedaría «marcado» como un oportunista y como un falsario, lo que en el fondo era su problema. Pero yo... yo sentía que *Demolición* estaba concluida formal y espiritualmente. Todo dicho y completado. «Di tu palabra y rómpete». Así que, por mucho que decidiera defender mis derechos, no quería enfrentar la versión espuria de ese debutante reabriendo lo clausurado y reforzando

mi autoría con una posible secuela de título tolstoiano como *Resurrección* o *Reconciliación*. Por eso decidí encontrar a mi plaguario y disuadirlo mediante una conversación amable.

De todos modos, no iba a ser necesario que me esforzara mucho en su búsqueda. Tras darme unos segundos para que paladeara todos los elementos desagradables de su información, mi insidioso colega me avisó también que el imitador asistiría a un congreso de literatura a realizarse en los días próximos en un viejo hotel de la costa atlántica. «Dame su nombre», le dije, «y te recomiendo a mi editor». No, no. Él no sabía su nombre, me lo juraba por Dios y todos los santos del cielo, pero estaba seguro de que iría. ¿Igual podía recomendarlo?

Detesto esa clase de encuentros, odio los universos gélidos y parasitarios del ámbito académico, y sobre todo me repugna la caterva de falsos escritores que se llenan el buche hablando de experimentaciones y vanguardias con las categorías propias de los teóricos marxistas de la burguesía vienesa, cuando en realidad su máximo anhelo es conseguir que algún viejo profesor pederasta los sodomice primero y los recompense luego consiguiéndoles un puestito de titulares de algún curso de «literatura creativa» en cualquier universidad provinciana de los Estados Unidos. Sueño tardío, además, porque ahora allí sólo se habla de literatura de géneros no binarios y de cancelaciones morales. Pero esta vez decidí hacer una excepción y participar del encuentro. El objeto de debate era desolador y pomposo: «El giro autobiográfico en la narrativa actual», y por supuesto versaba sobre la emergencia de una corriente denominada «autoficción» o «literatura del yo», de la cual, por las razones erróneas anteriormente expuestas, mi novela *Demolición* resulta el exponente más destacado. Lo único interesante del asunto sería ver cómo se organizaba el juego que durante

esas jornadas me lanzaría a jugar con mi usurpador-admirador. Yo, con la intención de detectar su identidad secreta —ya que estaba obligado a presentarse con su verdadero nombre—, y él, de seguro tratando de mantenerla en reserva. Mi perspectiva era entonces detectivesca: sin confrontar con nadie, ya que no podía andar disparando acusaciones al azar entre la veintena de participantes, debía sin embargo diseminar las evidencias de que estaba avanzando en dirección de su desenmascaramiento, cosa de ponerlo nervioso y llevarlo a dar el paso en falso. En este punto, había imaginado un escalonamiento que me llevaría directamente al descubrimiento de su identidad, bajo una modalidad bastante más sofisticada que la tosca revelación teatral del asesino del rey en *Hamlet, príncipe de Dinamarca*.

Sin embargo, debí desarmar este montaje cuando, apenas una semana antes del encuentro, me enteré de que los organizadores habían modificado el enfoque temático y ahora las ponencias versarían sobre un tema aun menos apasionante: «Literatura española y argentina: las relaciones peligrosas».

Dando por hecho que mi adversario no debía ser del todo ignorante, preparé una tesis que le estaba dedicada especialmente y que titulé «El arte de la nueva invención. Una estrategia contra los apócrifos».

El viento en la cara durante el viaje. La ilusión de la aventura, que no es lo mismo que el tedio de la peripecia. El hotel es una reliquia hecha casi toda en madera. Molduras y apliques antiguos. Macetas por los rincones. Pisos de pinotea. Campana de bronce para llamar al almuerzo y la cena. Llegué a mi habitación, desarmé las valijas, me puse mi sunga atigrada y salí a la playa. Dormí al sol y desperté de golpe, temblando.

A la hora del debate me mostré sencillamente brillante: mi ponencia estuvo muy por encima de cualquier otra; era